

## MUJERES DISCRETAS

Los días de lluvia, en invierno, la casa se ponía helada. Miraba, entonces, desde mi habitación, que en el silencio, adquiría enormes dimensiones: tropezaba primero en los muros, subía y bajaba, se demoraba en los rincones. Una voz era, por eso, un estruendo palpitante. En cambio, si, en la finca, los vecinos se alborotaban preparando, tal vez, su salida, los sonidos se diluían en un rumor único y continuo que, por ello, e igual que ocurre con el giro atronador de la tierra, dejaba de oírse.

Aún hay restos de la tormenta de la mañana: barro y hojas en el patio; trozos de cuarzo en las ventanas polvorientas... El agua se ve en la claridad del día. Nos reconforta su rumor cuando la luz desaparece. La noche de tormenta se ilumina con un rayo y parece que van a quedar colgando sobre lo oscuro, como una pantalla, esas gotas que brillan y velan en el aire.

Enfrente, tras una ventana, aparece la silueta de tía Tomasa. Se coloca un sombrero de mi madre, el que estrenó en mi comunión. Suele hacer estas cosas cuando está sola. A veces la acompaño y la ayudo a buscar ropa adecuada a su figura: batas y abrigos amplios o telas que mi madre guarda para llevarlas a la modista en su día.

Aquel sombrero era más bien un pequeño tocado de terciopelo gris forrado de encaje. Delante llevaba unas aplicaciones de trenza bordada en seda. Arriba, y prendidas con un deje de amatista, se apiñaban unas violetas. La frente estaba sombreada por un fino velo color plata salpicado de topos en un tono más oscuro. Desde luego aquel adorno lucía mucho más sobre la cabeza de mi madre que en la de tía Tomasa. Contribuyó a eso, sin duda, el realce que le daba su vestido. Ahora lo recuerdo: era también gris perla y aunque quisiera, la tía no se lo podría probar. Algo majestuoso había en la forma de moverse de mi madre y en su estrecha cintura. Era cierto que yo había visto cómo se

ajustaba las ballenas de su corsé salmón hasta lo inverosímil. Y, sin embargo, su porte no era rígido sino que mostraba la misma plenitud de formas que cuando en el jardín de la torre repartía la comida entre las palomas. Por eso, por el raro hechizo que emanaba aquel día de su silueta, no me extrañó que mi padre, sin prestarme ninguna atención aunque ya estaba preparada para la ceremonia y sin saber qué hacer con la limosnera de seda, la besara en la cintura, precisamente en el pasamano que remataba las tiras de terciopelo que, desde los hombros y en diagonal, confluían para luego separarse hasta los pies.

Las tardes de lluvia no me permitían salir de casa. Si acaso podía acompañar a la tía a hacer alguna compra. Unos días solo íbamos a la lechería. Era un establecimiento blanquísimo en el que una figura redonda con un delantal ribeteado de puntillas distribuía la leche en recipientes de aluminio de corto talle y larga curvatura o en humildes botellas que parecían encenderse y engrosar su volumen a medida que el líquido las llenaba.

A mí me gustaba pararme en el umbral atenuando el resplandor del aire. Así, a contraluz, no podían verme el rostro, y yo, desde allí, veía el alicatado de baldosas blancas que cubrían dos tercios de la pared en cuya parte superior una tira de azulejos adamascados hacía el límite, o las siluetas oscilantes de la clientela, o el mármol ocre del mostrador. Y, entonces, ante lo monótono del espectáculo y mientras la tía le ponía el tape a la lechera, me dejaba acariciar por la dulzura de las palabras que, iguales a nubes prietas, caían sobre el suelo pétreo o sobre las dos únicas sillas. Palabras que me hacían sentir, estoy segura, las profundidades subterráneas de la vida.

Otros días, casi siempre, comprábamos ovillos de seda para mis bordados en una tienda. Hacía muy poco tiempo que la habían abierto y los dependientes se esmeraban al atender a la clientela. Nada más entrar y tras una breve reverencia, ofrecían asientos y

luego, sacaban de las estanterías profusamente talladas o del propio mostrador cerrado con maderas y cristal, las diferentes clases de hilo. De la calle venía el gemido de los carros y el golpe metálico de herraduras y llantas.

La tía no se conformaba con ver solo hilos y por eso pedía que le mostraran algún gancho para guarnición de abrigos o tiras de bordados... Todo lo sopesaba cabizbaja, preguntando, con voz reconcentrada por el ansia, el precio. Al final, y, tras una lucha que yo advertía en el modo desdeñoso con que apartaba la mercancía de su mirada, pedía un metro de cordón de goma o dos botones de pasta

Pero cuando, en estos inviernos, no salía de casa, pasaba las tardes en una salita que mi madre había acomodado en una alcoba contigua al comedor. Una puerta encristalada las comunicaba. Cada vano, con el fin de evitar la vista de uno y otro recinto, estaba cubierto en un kakemono de dibujos exóticos que solo permitían el paso coloreado de la luz.

Allí aprendí a bordar. Me hechizaba el susurro acartonado de la aguja al puntear la tela tensa y, luego, el roce del hilo al atravesarla. ¿Cómo explicar mi asombro viendo que, poco a poco, aquel vacío se llenaba de frutas y flores anunciando que fuera yo misma la artífice...?

Mi maestra, Doña Inés, me había enseñado en el colegio los secretos del bordado. Esto y la lectura y el cálculo eran los conocimientos que ella juzgaba indispensables para que una mujer pudiese defenderse en la vida.

Lo demás lo pasaba como sobre ascuas temiendo, tal vez, que nosotros le preguntáramos algo, aunque nada más lejos de nuestra intención. La buena biblioteca de mi padre y mi interés –excesivo en opinión de mi madre– por la lectura suplieron, en parte, aquellas tremendas lagunas.

Mi madre le pidió a Doña Inés que me enseñara a bordar en casa. Durante cinco años y hasta que murió su marido, lo hizo puntualmente. Las clases eran muy silenciosas. Ambas, cabizbajas, nos inclinábamos sobre la labor. Al principio aquello me pareció un aprendizaje estéril: había que practicar una y otra vez todos los puntos: el de nido de abeja, las bastillas, los calados... Pero nunca pasaba de ahí. Incluso las telas que me daban para ensayarlos eran, en realidad, trapos inservibles que mi madre arrojaba a la basura repletos de puntadas mías. Luego me pusieron a bordar una colcha y un estor con los que estuve casi siete años.

Las tardes de mucho frío tía Tomasa nos acompañaba sentada aparte en una silla baja. Ella se entretenía entonces en labores de poca monta: zurcía calcetines enfundándolos en un huevo de madera o tejía alguna bufanda para mi abuelo. Su misión era renovar el erraj del brasero con el atizador. La modesta superficie se inflamaba en incandescencias escarlatas y el semblante ojeroso de Doña Inés se reflejaba en el bronce encendido. Ambas nos mirábamos allí, porque a Doña Inés no se la podía mirar de otra manera. Si por casualidad nuestros ojos se encontraban de frente ella componía su rostro endureciéndolo. Las pupilas se le concentraban y daban la impresión de retar al que se atreviera a fijarse en ellas.

Bordábamos hasta el anochecer y, aún después, a la luz de la lámpara de carburo o la del candil antes de que la tuviéramos eléctrica.

Desde mi alcoba oía el fragor de la calle. Tanto silencio punteado por nuestras agujas era excesivo para mí. Por eso, con cualquier pretexto, entornaba las puertas encristaladas y, enfrente, podía ver el balcón que, si estaba entreabierto, se inflamaba con el vuelo flameante de los visillos. No sé por qué razón me emocionaba mirar aquel encaje hinchado por el aire. Adivinaba en él alguna presencia, bultos, cuerpos atenazados por las líneas rectas de la calma. De la calle subía el ruido de carros y

tartanas o los gritos de algún labriego que detenía sus mulas para ceder el paso a alguna muchacha que iba por agua.

No solíamos asomarnos al balcón. En realidad no me interesaban aquellas escenas. Probablemente me habrían hecho cerrar los ojos heridos por tanta presencia y tanto color. Sin embargo, tal y como yo las pensaba, eran algo tamizado, sin contrastes, tejidas con hilos tan suaves que parecían deslizarse a través de la luz lechosa de los visillos como una extraña peregrinación.

Aquella muchacha por la que el labrador habría detenido su marcha sería la del segundo piso, una pelirroja pecosa calzada con alpargatas increíblemente negras y vestida con sayas y blusa de lino crudo. Caminaría muy erguida aplastando su rizado moño con un rollo de trapos para proteger su cabeza del roce del cántaro, enorme y húmedo. En la mano derecha llevaría una caña larga. Luego, la colocaría en uno de los caños de la fuente para que el agua llegara al cántaro con más comodidad.

La salita que mi madre llamaba de costura era una linterna mágica donde todas las imágenes se deslizaban enormes e intensas. No solo me conmovían los visillos: era la sensación de verdad. Porque los rumores y los seres que, a través de ellos se filtraban, permanecían erguidos ante mí y yo podía acariciarlos, beberlos, hechos ya clara ceniza, humo que comienza a deshacerse. Pero yo los había salvado de la promiscuidad de la calle. Era un sueño. Los sueños son el origen de la realidad.

Por eso aquellas voces efímeras: “¡ Barquillerooo!, al rico barquillo...! ¡Mantecado de vainilla y limón...!” , tenían ecos y en muchas ocasiones, aunque no hubiera nadie entonándolas en las calles, resonaban al agitar las telas que bordábamos. Tenía que levantar los ojos de la labor, entonces, para recrear sus formas. La aparición de cualquiera de esos seres me impresionaba más que una historia legendaria. Porque, en el fondo, era mucho más irreal. ¿Acaso los mitos no estaban más próximos a la

explicación del universo, acaso no eran ellos la realidad...? ¿Qué significaban aquellos seres: la aguadora y el barquillero, aquellos seres tan fantásticos, sin origen, sin horizonte y, además, seguros de vivir realmente...?

Doña Inés nunca entendía por qué razón me conmovía el chirriar con que el carrillo de manos del vendedor de cacahuets avanzaba sobre el empedrado de mi plaza. Yo, en ese instante, recordaba siempre la impresión que me causó, siendo muy niña, ver por primera vez aquel brillante artefacto de hoja de latón, especie de máquina de tren y en cuyo vientre se amontonaban los grasientos frutos. Al ponerse en marcha el aire se llenaba de humos con olor a teas resinosas. Y yo aún creía ver y oler aquel mismo humo.

Pero, a veces, las imágenes eran mucho más inquietantes y yo las temía. El fragor de abajo crecía hasta el griterío. La luz amarilleaba y también la imagen. Parecía todo, de repente, mucho más antiguo y pesado como si para venir hasta mí se arrastrara de muy lejos.

Porque en la plaza donde vivíamos, estaba el Tribunal de la Inquisición y los juicios que, antiguamente, debieron celebrarse, tomaban vida otra vez y se renovaban en mi presencia. No sé exactamente que veía, pero había un remolineo de gente que discutía sobre sí un hombre –no pude distinguir su rostro- confesó o era cobarde o si, por el contrario, se enfrentó al garrote vil con altivez. El tumulto crecía: resonaban golpes, lamentos, fuertes pisadas, voces insultantes, crecía, crecía... y no pudiendo soportarlo me tapaba los ojos y la cara en mi regazo. Simulaba, para no dar explicaciones, un desfallecimiento y, alarmada, Doña Inés, corría a avisar a mi madre o tía Tomasa que me daban golpecitos en las mejillas o me hacían beber agua fresca con vinagre y azúcar. Tenía mucho miedo. Sabía que cuando mataran a otros seres estarían matándome a mí.

En invierno también, y en las tardes más soleadas, mi madre nos permitía bordar en un corredor acristalado que unía la cocina con el cuarto de la plancha. Si el sol era excesivo ponía sobre unas cuerdas que, a veces, en los días de lluvia servían de tendedor, una tela listada que hacía de toldo. Entonces, el espacio en que nos sumergíamos maestra y discípula tenía un resplandor blanco y una sombra verdosa, alternando, que reflejaba el listado del tejido. A la izquierda, una balaustrada carcomida por la herrumbre y que, en lo negro, daba una sensación de profundidad. Frente a ella, la despensa: una puerta de cuarterones repintados de un color granate. Dentro, y en la estantería superior: aceite, confituras, tomate en conserva, legumbres y pastas. Debajo y alineados sobre papel de estraza, a modo de adoquines, trozos de jabón casero.

En los intervalos y mientras Doña Inés preparaba, sacando hilos, nueva labor, solía entrar en aquel recinto para absorber su olor anárquico y dulzón. La mezcla de efluvios me transportaba lejos, a otros espacios y otra luz. Pero el más persistente era el de una tienda de ultramarinos, próxima a nuestro portal. Veía, dentro de la despensa y a la altura del segundo anaquel, a la dueña enlutada que, pacientemente, cortaba rebanadas de queso sobre el mostrador de mármol. Los clientes, bamboleando a cada tajo del cuchillo su figura, en busca de la pose perfecta y sosegada en que todo el peso había de distribuirse por igual, hacían crujir los listones del suelo con su impaciencia. La mujer era cetrina y con el pelo pegado al rostro en artísticas ondas. Al sentir su presencia en aquel hueco vacío supe cómo podía penetrar el aire; cómo podía ver, de pronto, el resplandor de un cuerpo que pasa entre dos seres que se miran. Y, con más esfuerzo, hasta el dolor, también las palabras y el llanto, tomaban forma.

Pero las cosas son caminos abiertos. No solo valen por ellas mismas. Son estelas que nos guían a un estallido y de allí a otro, a otro... Por eso, las sensaciones y las imágenes no eran duraderas. De allí podía trasladarme en un vuelo de alfombra o de escoba

mágica al desván de los abuelos. Cuando sucedía esto, aunque no me lo pudiera explicar sé que sentía en mí el placer de la adecuación, el soplo ingrátido de la vida que detenía su ritmo sobre mi piel. Todo era quietud, espuma de mar que se quedaba ahí, rota, pero sin quebrarse y sin huir, pegada a una roca flamígera.

Aquel desván de madera, bajo de techo y resplandeciente, aquel en que mi abuelo habría atesorado sus misteriosas y desconocidas monedas de oro, parecía enharinado, dormido bajo un rebozo polvoriento. Aquí y allá: cerámicas o algún mueble desvencijado.

La luz era naranja aquel día o tal vez fuera por el crepúsculo. Sí, estuve en el desván al atardecer. La casa, que había pertenecido a mis abuelos, estaba deshabitada porque ya se había vendido. Yo iba con la tía para recoger las últimas flores del jardín. Las dejé, húmedas, sobre el mármol de un velador. Era suave su tránsito hacia la muerte detenido entonces por el frescor de la piedra. Algunas campanillas se remozaron con aquel contacto.

Mientras la tía removía los cachivaches del desván por ver si quedaba algo de interés, estuve en mi habitación favorita hasta que anocheció... Era la más luminosa y daba a la terraza. No había muebles y todo tenía un carácter especialmente nostálgico y dichoso. Sí, del ocaso brotaban con más fuerza la cremosidad de las paredes, el encaje maduro de la parra, los suaves violetas de algunas dalias, la altivez radiante de la caléndula... Todo se detuvo en mi piel como una célula más... Aquella habitación... surcada por una estantería que la hacía parecer más blanca aún... Puerta diminuta que daba al desván... Sí, hacía sol y los cristales lo transparentaban bañando las maderas y las vigas. Al irme hube de zarandear mis ropas enérgicamente para borrar todo rastro de recogimiento.

Al salir de la despensa trataba de borrar también aquellas impresiones y recuerdos: allí estaba Doña Inés tendiéndome de nuevo el bastidor mientras ella se apresuraba a



entonarse con el humeante café servido por tía Tomasa. La luz de la galería estaba apagada por el toldo, especie de gasa traslúcida. Debajo se insinuaba el sol y, allí, en ese punto más intensamente luminoso parecía que la tela fuese a rasgarse. ¡Cuántas veces tuve la impresión de que todo podía rasgarse igual: Doña Inés, tía Tomasa, mi madre...!

Mientras mi maestra bebía su café con leche, se quedaba mirando las galerías de enfrente. Yo notaba un silencio especial con el que desaparecía la impresión anterior de provisionalidad. Doña Inés tomaba su tazón reteniéndolo con ambas manos y giraba el rostro exterior por lo que yo podía recrearme en la línea aguileña de su perfil. A esa hora salía a tender una mujer, siempre la misma. Solo con esos gestos que se repitieron durante años he captado la solidez de la vida. Lo demás me viene a la memoria de mil formas diferentes que, lo sé, son todas verdaderas.

Esa mujer empuja la puerta de una galería. Doña Inés reconoce aquel momento de todas las tardes y se queda suspensa, al acecho, al igual que esos felinos que, en tensión, observarán como se mueve un insecto. Sus pupilas melosas reflejan la luz amoratada de la tarde y la mujer de enfrente se recorta en ellas.

Sobre el cristal de la puerta que se abre se tambalean las imágenes lechosas de muros y ropa tendida, un trozo de cielo, un alero rojizo... Aquella mujer sostiene con ambos brazos un enorme baldo de aluminio en cuyo vientre se apilan las prendas recién lavadas y aún humeantes. Lo deja sobre un poyo de piedra y, sin distraerse, inicia un perfecto vaivén: una prenda, dos pinzas; un paseo hacia el balde, otro hacia el tendedor; un bajar de brazos a la izquierda, un ascenso de los mismos a la derecha. De modo que su rítmico ir y venir queda colgando su imagen cándida aún un buen rato después de que ya se ha ido.

Los ojos de Doña Inés persiguen todos aquellos gestos menudos. Luego, cuando la operación de tender termina y la ropa se mueve mórbidamente en los bordes por el peso

del agua que la obliga a permanecer envarada, la mujer estira la sábana o un pantalón, o se preocupa de que una blusa nueva no se arrugue y, de inmediato, sorprendiendo siempre a Doña Inés, levanta la cabeza y permanece unos segundos mirando no sabíamos el qué. Había variaciones: unos días se apoyaba en la barandilla, otros se coloca en jarras, otros, atónita, deja colgantes los brazos o se aferra al balde. Pero creo que, siempre, aquella mujer se sentía dominada por la sorpresa de hallarse allí fuera, desprevenida. Ella no era consciente, tal vez no llegará a formularlo, pero notaba que había tomado en serio sus gestos, que había puesto en ellos toda su energía y convicción y, luego, le sorprendía el silencio de las casas, la sombra de Doña Inés que simulaba volver a su tarea, o a la indiferencia, la inquietud, la opresión vigilante de aquellos seres que la veían y juzgaban, otros seres como mi maestra y a los que yo no podía ver. O quizás no fuera la causante de aquel asombro una persona sino la luz cegadora del sol antes de ocultarse (hasta ese momento la mujer, atareada, no había levantado los ojos) o la sequedad caliza de los muros o una brisa quemante que, antes de volar entre patios de luces, había estado comprimida en una habitación.

Y bien: aquella mujer, tras la sensación que yo recuerdo ahora en palabras, pero fue solo claridad y tacto se volvía de repente y nos dejaba otra vez, sobre el acristalado de charol, la misma imagen de siempre.

Hace muchos años de aquello y de esa mujer es posible que ya solo queden mis recuerdos y los de su gente cercana, que con el tiempo se irán borrando. Ese tiempo que pone amarillas las fotografías. Igual ocurre con mi madre, con tía Tomasa, con la maestra Doña Inés y tantas otras mujeres que nunca serán historia. A pesar de lo cual, como se trasmite la sapiencia del bordado, ellas son las que han tejido la pequeña historia durante muchas generaciones.